



SIMPLEMENTE PAN

En medio del hambre de la posguerra, siendo muy niño, en el pueblo las familias se dividían en dos: casas donde amasaban pan y casas donde no amasaban pan. Eso significaba que tenían o no tenían harina y en esa división consistía entonces ser absolutamente rico o pobre de solemnidad. Si no había tierras, no había grano; si no había grano, no había harina; si no había harina, no había pan, salvo el pan de serrín de la cartilla de racionamiento, que, aparte de remediar el hambre, podía servir también de arma ligera. Si masticando la bola de serrín uno estornudaba, la boca se convertía en un cartucho de perdigones que arrasaba con todo lo que hubiera por delante. En cualquier caso, el pan era sagrado. Había unos versos de cantar de ciego que decían:

El pan no se tira, hermano,
si se cae al suelo, se recoge,
se besa y se da en la mano.

Había que besar el pan cuando caía al suelo, en efecto, pero eso sólo lo hacían los ricos temerosos de Dios, ya que los pobres con el estómago vacío se olvidaban del precepto y sin piedad alguna convertían ese beso en el primer mordisco. Desperté al uso de razón cuando para mucha gente de alrededor comer pan era una hazaña que se intentaba todos los días sin resultado.

En ese caso siempre quedaba a mano un boniato, que en mi tierra recibía entonces el nombre de San Salvador por los milagros que hacía.

En la penumbra de la despensa mi madre cernía la harina con un tamiz muy fino, dejando aparte el salvado, y amasaba el pan en una artesa que todavía se conserva en casa como adorno llena de calabazas secas y flores de cactus, lo mismo que la tabla con la que se llevaban al horno las hogazas, colgada en la pared como un cuadro de Tàpies. En aquel tiempo el salvado se daba a las gallinas y a los cerdos, aunque algunas veces servía también para ejercer la caridad cristiana. A casa solía venir una pobre a pedir el salvado como limosna y mi madre siempre le regalaba medio almud sin saber que esa mendiga era una adelantada de la alta cocina. Hoy con el salvado se fabrica el pan integral, de mucha fibra, que se incluye en todas las dietas de la gente fina, pan multicereales y con toda clase de semillas imaginables.

El atleta famélico

Las familias que amasaban pan en casa y que además tenían el alma delicada lo llevaban y traían del horno con discreción, tapado con un paño de dril, para no provocar ni despertar los jugos gástricos de los jornaleros en paro que estaban con la espalda en la pared de la plaza y los puños crispados en los bolsillos. No todas las mujeres lo hacían con pudor. Había en el pueblo una señora rica que, al salir del horno, solía

pasear por la calle, en una tabla sobre la cabeza, a pleno sol, seis formidables hogazas, doradas, macizas, con el triángulo isósceles trazado en la corteza crujierte, al que sólo faltaba dentro el ojo de Dios. Unos mozalbetes descalzos, tirados en una acera, la vieron pasar un día así coronada moviendo con orgullo las ancas, y cuando la mujer se puso a su alcance uno de ellos dio un salto de garduño, le arrebató una hogaza y comenzó a correr con ella bajo el brazo. La mujer gritó: ¡al ladrón, al ladrón! Algunos voluntarios se prestaron a perseguir al muchacho y después de una carrera agónica lo alcanzaron en las afueras del pueblo. Entre cuatro lo llevaron preso ante la mujer rica, que estaba acompañada ya del guardia municipal.

—¿Dónde está el pan? —preguntó la autoridad.

—Eso mismo digo yo. ¿Dónde está el pan?
—exclamó el muchacho.

—¿Dónde está? —insistió la señora.

—Yo no he visto pan por ninguna parte —dijo el encausado.

Cuando el muchacho fue atrapado ya se había comido toda la hogaza y lo hizo en mil metros obstáculos a una velocidad endiablada, que sin duda en unos Juegos Olímpicos hubiera conseguido una medalla de oro. Como no había cuerpo del delito, este atleta famélico quedó en libertad. De aquel suceso hubo otra versión, tal vez más acertada. Los voluntarios que perseguían al ladrón lo atraparon, efectivamente, a las

afueras del pueblo, y en ese momento el fugitivo sólo se había comido la mitad de la hogaza, la otra mitad la devoraron a medias sentados en el talud de un barranco aquellos voluntarios, quienes después exigieron a la señora otra hogaza como premio a su esfuerzo, que luego compartieron en una taberna con el preso cuando lo soltaron.

Mendigos

Las casas que en la posguerra más dura amasaban pan solían tener por la mañana una cuerda de mendigos en la puerta. Por los caminos, estos vagabundos se decían unos a otros en qué casas se ejercía la caridad, en las que había, al menos, un mendrugo asegurado. Los mendigos también solían orientarse por la calidad de las puertas, balcones y fachadas. Un sonsonete lastimero se oía desde el umbral entre las cortinas pidiendo una limosna por el amor de Dios, y alguno de la casa salía a remediarles. Había mendigos muy misteriosos, elegantes y sobrios, que tal vez llegaban ocultando un pasado político sin perder el orgullo, pero a otros se les veía ya muy llagados y harapientos, salidos del fondo de la Edad Media. Se les reconocía por la voz más o menos temblorosa o por la fórmula barroca que empleaban para mover el corazón. Algunos recitaban versos populares de santos y milagros, otros inventaban historias sobre su desgracia, otros simplemente en su desvarío soplaban a las nubes. Las amas de casa nunca cruzaban palabras con ellos. Si estaban ocupadas gritaban desde el fondo de

la casa: ¡que Dios le remedie, hermano, otra vez será! O bien salían a la puerta y les entregaban un mendrugo en silencio sin mirarles siquiera a la cara.

Un mendigo se equivocó de puerta y pidió limosna en una casa donde vivía una mujer muy ingenua que no amasaba.

—Por caridad, señora, deme un poco de pan, que hace tres días que no he comido nada.

—¿Que no ha comido nada en tres días, dice usted? Pero, hombre, ¿cómo hace esas cosas? Pues no juegue con el estómago, que eso es muy malo —contestó la mujer cerrándole la puerta.

En Roma el conde de Grillo, los domingos después de misa, salía al balcón de su palacio y echaba pedazos de pan a los pobres. Por mi parte todos los días, después de comprar el periódico, voy a la panadería y compro una chapata recién horneada. Su perfume se mezcla con el olor de la tinta del periódico, que tantos crímenes y catástrofes transporta. Regreso a casa a desayunar creyendo que llevo bajo el brazo el alimento terrestre más profundo envuelto con todo el universo enloquecido. Me preparo un zumo de pomelo, unas tostadas con aceite virgen de oliva y un café americano sin azúcar en taza alta, como el que tomaba John Wayne, preparado por Maureen O'Hara a la sombra de un álamo, al pie de la carreta camino del Oeste, que es el mismo café de calcetín que hacía mi madre. Y parece que la destrucción del universo se recompone.

En griego *pan* es un adjetivo cuantitativo que significa «todo». También recibe ese nombre el dios de la naturaleza. El dios Pan es el que transmite el pánico cuando uno se encuentra perdido en medio del bosque o sobrepasado ante cualquier catástrofe, acto de terrorismo o hambre canina sin esperanza de poder remediarla nunca. Comer pan también equivale a comerse a aquel dios griego que tenía patas de cabra y tocaba el caramillo en el bosque. Los cristianos convirtieron el pan en el cuerpo de Cristo y por eso está mal visto en la mesa partir el pan con cuchillo y no con la mano. A Dios no hay que apuñalarlo. Por otra parte, *compañero* significa «el que comparte el pan», en la mesa o en el camino y también como un acto de solidaridad en la desgracia. En los tiempos de Augusto había en Roma más de trescientas panaderías gobernadas por maestros griegos, que aparte de filosofía, sabían lo que se llevaban entre manos.